

El “detective salvaje” de la narrativa chilena (El Mundo)

Inclasificable, densa, compleja, exhaustiva... Así es la literatura del chileno Roberto Bolaño, uno de los escritores más representativos de los últimos tiempos, a quien un fallo hepático arrebató la vida hace ahora diez años.

El “estilo Bolaño” ha traspasado fronteras en todo el mundo tras la muerte del escritor, a través de artículos, poesías, novelas, relatos o discursos; muchos de ellos publicados póstumamente, como *2666*, *El Tercer Reich* o *El gaucho insufrible*.

En su narrativa de ficción, numerosas historias que apenas confluyen entre sí se acumulan a lo largo de un amplio marco espacial, obligando al lector a un ejercicio más activo de lo habitual para asimilar la palabra escrita.

Otra de las constantes de la obra de Bolaño (Santiago de Chile 1953 – Barcelona 2003) son las abundantes referencias filosóficas, literarias, poéticas y cinematográficas, que ha provocado frecuentes comparaciones con otros grandes autores hispanoamericanos como Jorge Luis Borges o Julio Cortázar, con quienes reconocía estar en deuda.

Una de sus obras más aplaudidas, *Los detectives salvajes* (1998) explora los inicios del movimiento infrarrealista, también llamado realismo visceral, desarrollado por Bolaño junto a una generación de escritores en su juventud, que se caracterizaba por el derribo de las concesiones poéticas y límites creativos, a la manera del surrealismo, el dadaísmo y la generación “beat”.

Los detectives salvajes, en la que Arturo Belano y Ulises Lima buscan las huellas de la escritora Cesárea Tinajero, desaparecida en México en los años posteriores a la revolución, le valió a Bolaño el Premio Herralde (1998) y el Rómulo Gallegos (1999).

Bolaño pasó su infancia y juventud entre Chile y México hasta que en los años setenta emigró a España y se instaló en Cataluña, lugar donde vivió hasta su muerte y donde labró su reputación en pequeños círculos literarios, en especial por su libro de poesía *Reinventar el amor* o la novela *La senda de los elefantes*.

En las décadas siguientes, el escritor se centró más en su creación poética, con la que colaboraba ocasionalmente en revistas como “Plural” de México o “Trilce”, de Madrid, hasta que en 1996 firmó dos de sus novelas más representativas: *Estrella distante* y *La literatura nazi en América*.

Con esta última, Bolaño construye a modo de enciclopedia una novela basada en una colección de biografías de escritores americanos ficticios simpatizantes con el tercer Reich, entre los que uno prosiguió en solitario sus aventuras en *Estrella distante*.

Sin embargo, la fortuna no le sonrió hasta la publicación, en 1998, de *Los detectives salvajes*, punto de partida para su contratación como articulista en el Diari de Girona y en el periódico chileno “Las últimas noticias”, con unas columnas recogidas poco después en la antología “Entre paréntesis”.



A lo largo de cinco años, el autor reflexionó sobre devociones y manías propias, pero en especial sobre escritores que respetaba y admiraba, como Günter Grass, James Ellroy, Barry Gifford, Enrique Vila-Matas o Javier Cercas, que incluyó a un personaje llamado Bolaño en *Soldados de Salamina*, como un guiño a su amigo de Chile.

La muerte del escritor un 15 de julio de 2003 propició la publicación póstuma de *2666*, colección de cinco libros independientes que vertebra distintas historias en torno a la ciudad mexicana de Santa Teresa, y que cosechó numerosos premios como el National Book Critics Circle Award, el Altazon o el Fundación José Manuel Lara.

El éxito de *2666* fue especialmente significativo en Estados Unidos, cuando en 2008 la emblemática Oprah Winfrey recomendó la novela en su revista "O", y también cuando a principios de este mes el productor televisivo Elwood Reid admitió inspirarse en la misma novela para la serie "The Bridge", adaptación de la europea "Bron".

El extraño universo reflejado por Bolaño en su narrativa apenas se ha visto reflejado en el cine, con el cortometraje de 2012 "Amberes", que adapta su relato corto homónimo, y la cinta italiana "Il futuro", estrenada el pasado 6 de junio con el actor Rutger Hauer, que supone la versión fílmica de "Una novelita lumpen".

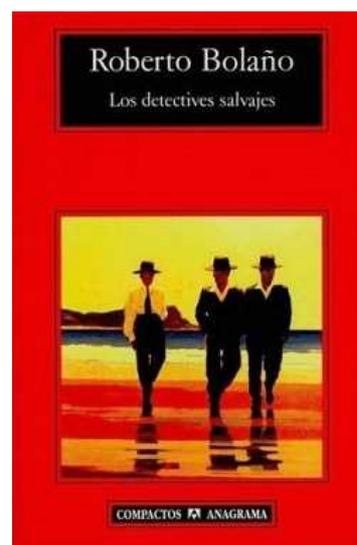
Los detectives salvajes (una relectura crítica), de Roberto Bolaño

Por Rafael Lemus (Letras Libres)

No he querido leer pero he leído en alguna parte que no hay nada salvaje en *Los detectives salvajes*. Que esta novela representa el epitafio de las vanguardias latinoamericanas. Que el fracaso del realvisceralismo al interior de la obra simboliza el fracaso de todas las prácticas radicales. Que los destinos cruzados de Arturo Belano y Ulises Lima son, de hecho, ejemplares. Que el primero consigue desintoxicarse de las vanguardias y por eso, ya vuelto Roberto Bolaño, escribe algunas novelas extraordinarias. Que el segundo se ata a la ilusión vanguardista y por eso, ya vuelto Mario Santiago Papasquiaro, no escribe otra cosa que versos olvidables. Que esa escena en que Ulises Lima y Octavio Paz se encuentran en el Parque Hundido lo dice, al final, todo: las hostilidades han terminado, es hora de rendirse ante los maestros.

Bueno, es necesario responder que nada es así de sencillo. Que *Los detectives salvajes* es a la vez un elogio y una parodia de las vanguardias latinoamericanas. Que esta o aquella pandilla de radicales puede fracasar y desaparecer pero que la pulsión vanguardista no muere con ellos, así como desaparecen los autores clasicistas pero no los hábitos clásicos. Que si la obra de Bolaño sobresale no es porque se haya desprendido de todo aliento vanguardista sino justamente porque discute con las vanguardias y está en tensión con ellas. Que esa escena en el Parque Hundido es, sí, memorable pero tal vez por otras razones: quizá porque Paz envidia en Ulises Lima al joven radical que él también fue.

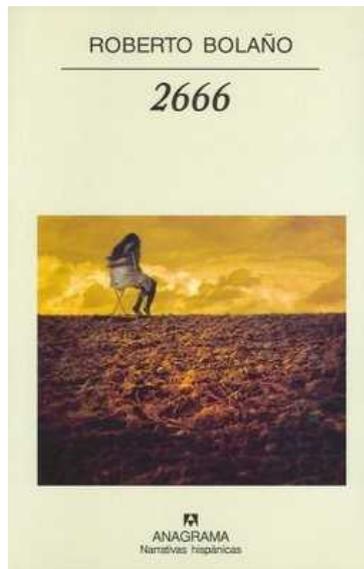
Hay que empezar por aceptar que la narrativa de Bolaño no es formalmente vanguardista –no continúa los hábitos de las vanguardias históricas ni echa mano de los recursos más comunes de las posvanguardias. Hay que aceptar, también, que Bolaño escribe el grueso de su obra muchos años después de su experiencia con los infrarrealistas –mientras anda entre ellos, apenas si escribe, dedicado como está a caminar la ciudad de México, leer poesía, irrumpir en actos literarios. Hay que aceptar, además, que en sus mejores obras no hay, en rigor, vanguardia. Hay algo distinto: trozos, retazos de vanguardias. Seguro no en sus ensayos, a menudo complacientes e improvisados. Quizá tampoco en sus cuentos ni en sus poemas, lejos de las acrobacias formales de sus maestros. Pero sí, definitivamente, en sus novelas. Basta escarbar un poco en *La literatura nazi en América*, en *Estrella distante*, en *Los detectives salvajes*, en *Amuleto*, en *Nocturno de Chile* o en *2666* para notar que debajo de sus formas –nunca decimonónicas– borbotean los principios capitales de las vanguardias: el desprecio por la creación burguesa, el elogio de la acción, la voluntad de traspasar las





tapas del libro y participar en la vida. O quizá solo haya que aceptar que Bolaño no marcha en la punta y que está, como decía estar Roland Barthes, en la retaguardia de la vanguardia –que tampoco es poca cosa.

Lo que no se puede aceptar, no a estas alturas, es esa idea de que la narrativa de Bolaño no es radical porque es, justamente, narrativa. Ocurre que buena parte de la escritura de Bolaño trata sobre poesía y poetas y, sin embargo, viene empaquetada en la forma de cuentos y novelas, aparte muy poco líricas. El asunto puede parecer grave porque no hay nada que las vanguardias históricas hayan detestado más que la narrativa y, peor, la novela. Puede parecer inconsistente, además, que esas novelas, habitadas por jóvenes extremos, no sean, formalmente, las más extremas de la narrativa hispanoamericana reciente. Se ha hablado incluso de traición, como si Bolaño, al trasladarlos a la imaginación novelística, domesticara a esos poetas radicales. No lo hace: los prende, porque también las novelas pueden provocar incendios.



No es este, la narrativa, un problema grave. No es siquiera un problema: hace mucho que la narrativa dejó de ser eso que los vanguardistas de principios del siglo xx desdeñaban y es ahora, en las mejores plumas, una escritura tan lúcida y brutal como cualquiera. Aquella frase de Heidegger –“La narrativa es enemiga de la inteligencia”– sigue siendo válida para buena parte de la narrativa pero no para aquella que ha sacrificado sus hábitos con tal de significar. En otras palabras: el que Bolaño emplee la novela para celebrar la poesía no es problema de Bolaño; representa un problema solo para aquellos que mantienen una concepción demasiado blanda de la novela. Bolaño tenía las suficientes lecturas –de hecho, una suma colosal de lecturas– como para no cometer la facilidad de privilegiar, al final del día, los poemas sobre los relatos. ¿Poesía y narrativa? Incluso esos términos suenan algo torpes ante la escritura de Bolaño. Que no se olvide que sus poemas narraban. Que no se deje pasar esa frase dispuesta cerca del final de *2666*: “Toda la poesía, en cualquiera de sus múltiples disciplinas, estaba contenida, o podía estar contenida, en una novela.”

¿Cómo entender, entonces, esa gastada rutina de ciertos críticos literarios que, ante un novelista mayor, se atreven a decir que este es tan bueno, pero tan bueno, que es, ante todo, un poeta? ¿Cómo justificar que sometan a Bolaño a esa maña? Señores, al revés: Bolaño es, sobre todo y felizmente, un narrador. No es solo que su obra poética sea menor y que a veces parezca el laboratorio de sus novelas. No es siquiera que la narrativa le haya permitido lo que la poesía le negó: exponer a la vez la grandeza y miseria de la existencia. Es que pocos escritores han confiado tanto, con tanto ardor, en la narrativa. ¿Qué mejor prueba de ello que esa magna obra que es *2666*? Cerca del final de su vida, cuando la cirrosis se agrava, Bolaño decide emprender un último, desesperado proyecto: ¡no un poema sino una novela! Y no cualquier novela: una novela total, vastísima, lejana lo mismo del minimalismo de sus obras más breves que de los fragmentos y puzzles de *Los detectives salvajes*. Una novela que, en cada una de sus cinco partes, desliza un homenaje a diversas tradiciones novelísticas del siglo xx. Una novela que, al revés de *Los detectives...*, ya no viaja al campo de los poetas para hallar, entre la masa de versificadores académicos, una escritura radical. Ahora el héroe está allí, en la narrativa misma. Ahora se llama Benno von Archimboldi y, aunque escribe novelas, es tan puro como Cesárea Tinajero. Ahora es, como Bolaño, un narrador: simplemente un narrador.

Después de *Los detectives...* la pregunta ya no es: ¿puede escribirse una buena novela sobre la poesía? La pregunta es: ¿por qué Bolaño prefiere escribir novelas y no poemas? Mucho me temo que la respuesta no agrada a los poetas: Bolaño escribe novelas, y no poemas, porque hoy ya no puede escribirse poesía. Esa es la conclusión que se desprende de su obra narrativa: la poesía es ya imposible, sobrevivimos en un mundo pospoético. Véase a los personajes de *Los detectives...*: aseguran ser poetas pero no escriben a lo largo de las más de seiscientas páginas del libro un solo poema.

Los detectives retratan a Bolaño

GRUPO B



Tertulias Literarias

A 10 años de su muerte, Roberto Bolaño es recordado por tres amigos que inspiraron *Los detectives salvajes*, la novela de poetas incendiarios que inició su leyenda.

Por Roberto Careaga C. (La Tercera)

Tenía el pelo largo, llevaba un morral lleno de hojas con poemas, casi siempre estaba fumando. Había vuelto corriendo a Chile para vivir la Unidad Popular, pero cuando llegó la Junta Militar estaba en La Moneda. Ya leía a Nicanor Parra. Creía que la poesía debía volver a las barricadas. Corría 1975, tenía 22 años y era uno de los cabecillas de un grupo de poetas incendiarios que atacaban al orden cultural mexicano. Los infrarrealistas. Era el único que no bebía alcohol ni fumaba marihuana. Observaba y escribía. "Aprendía del silencio de las madrugadas", dice uno de los que estaba ahí, Bruno Montané. Otro, el más joven de la pandilla, Juan Esteban Harrington, lo recuerda recitado: "Roberto Bolaño era el menos salvaje de todos".

Encendida la mecha del Infrarrealismo, lo abandonó. Se instaló en España en 1977 y atravesó los 80 escribiendo cientos de poemas, cuentos y novelas en completo anonimato. No volvió a México. Allí, su mejor amigo, el poeta Mario Santiago, mantuvo vivo el Infrarrealismo hasta quemarse. En 1998, con 45 años, Bolaño convirtió en leyenda a sus primeros cómplices literarios en la novela *Los detectives salvajes*. Ganadora de los premios Herralde y el Rómulo Gallegos, tuvo el fervor de la crítica y de los escritores hispanos, hasta situarlo como el tótem de su generación. Cinco años después murió: la madrugada del lunes 15 de julio se cumplirán 10 años de su partida.

Como se sabe, *Los detectives salvajes* es una ficción hecha de puras verdades. Los Infrarrealistas son en la novela los Realviceralistas, Bolaño es Arturo Belano, Santiago es Ulises Lima, Octavio Paz es Octavio Paz, etc., etc. Piel Divina, Felipe Müller, las hermanas Font, Pancho Rodríguez, Laura Jáuregui, Catalina O'Hara, incluso Cesárea Tinajero están inspirados en personas con nombre y apellido. "La novela es tan cercana a la realidad, que los que estuvimos ahí nos reconocemos. Pero todo está tergiversado", dice Harrington, que al empezar la conversación insiste en aclarar uno de los tantos mitos: "Yo no soy García Madero".



Creado en 1975, por Bolaño y Santiago, el Infrarrealismo bebía de todas las vanguardias posibles y se enfrentaba al imperio de Paz en la poesía mexicana. El nombre era una cita a Roberto Matta. "Déjenlo todo, nuevamente. Láncese a los caminos", pedían los infras en su primer manifiesto. Eran marginales y temidos. Iban de fiesta en fiesta. Nunca a una organizada por la pintora Carla Rippey, que en *Los detectives salvajes* aparece retratada en el personaje de Catalina O'Hara, una artista famosa por sus veladas.

"Es posible que los infras salgan más interesantes y románticos en el libro que en la vida", dice. "Roberto tenía un don para volver cualquier cosa interesante, tomaba muchas notas y sabía volver mítica la realidad. Creo que, en un principio, hizo el libro como una broma privada entre él y Mario", agrega Rippey.

Muchos creen que el chileno Harrington, hoy un productor audiovisual, inspiró a García Madero, el poeta de 17 años que narra gran parte de la novela. "Yo era el más chico", reconoce. Un día aparecieron por su casa Bolaño y Bruno Montané (Müller en el libro). Por su padre, se habían enterado que escribía. "Léete unos poemas, me dijeron. Roberto fumaba, Bruno miraba a cualquier parte. Leí varios. Ya, agarra tus cosas y mañana te pasas por la Casa del Lago (centro cultural de la Unam), me dijeron al terminar. Ya está. Así entré a los Infrarrealistas", cuenta.

Harrington se unió a la rutina de la banda. Se veían todas las semanas en cualquier café barato. "Bolaño siempre iba a expulsar a alguien. Después era readmitido", cuenta. Y aclara: "En la novela inventa a un personaje que él nunca fue. Nunca fue el aventurero. Roberto era hiper inteligente, pero también era desagradable. Además, era mojigato. Bebía cero, no fumaba mota. No hacía nada. Observaba y escribía".



"Su 'droga' era estar días sin dormir, escribir y leer; aprender del silencio de las madrugadas", dice Montané, que fue su amigo desde los 70 hasta que murió. "Era genial, lúcido y complejo. Recuerdo a Roberto como un tipo entrañable, con mucho humor, cariñoso, pero también podía ser muy depresivo y, dicho en mexicano, podía tener episodios en que mandaba a todo el mundo a la chingada", agrega.

A Lisa Johnson la mandó a la chingada varias veces. Ella también a él. "Fue el gran amor de Roberto", dice Harrington. Retratada en el personaje de Laura Jáuregui en *Los detectives salvajes*, rondó el grupo de los infras y fue la pareja de Bolaño. Incluso, la llevó a vivir a su casa; no funcionó. En 1979, cuando se publicó la antología *Muchachos desnudos bajo el arcoíris de fuego*, Bolaño incluyó un rabioso poema sobre ella: *Generación de los párpados eléctricos*. Puro despecho. En mayo de 2003, le pidió a Rippey el teléfono de Lisa, pero ésta -una bióloga de respeto- prefirió no recibir llamadas del pasado.

En 1977, Bolaño viajó con Santiago a Europa y, según él, en una estación de trenes de Francia, dieron por muerto al Infrarrealismo. "En realidad, sólo lo integrábamos dos personas", dijo en una entrevista. Desde España, le escribió decenas de cartas a Mario, que éste rara vez contestó. Mientras el autor de *2666* trabajó sin cansancio para levantar una carrera literaria, Santiago puso en práctica uno de sus versos: "Si he de vivir, que sea sin timón y en el delirio". Murió atropellado el 10 de enero de 1998, de acuerdo con Bolaño, un día después que él terminara de corregir *Los detectives salvajes*.

El enigma universal de Roberto Bolaño

Por Lola Galán (El País)

A Roberto Bolaño no le cambió el éxito. No le llegó a tiempo. Cuando murió, a los 50 años, víctima de una cirrosis hepática, el 15 de julio de 2003, tenía una decena de obras de culto, que le permitían, todo lo más, vivir con holgura de la literatura. Ahora, seis años después de su muerte, su nombre de escritor está en boca de todos. Se reeditan sus libros, se le dedican ensayos y artículos, se adaptan sus novelas para el teatro, se estudian como guiones de posibles filmes. Es el éxito con mayúsculas. Un vendaval que lo ha trastocado todo, aunque a su principal responsable no puede ya afectarle.

Lo que saboreó antes de morir, apreciado por la crítica, consagrado, incluso, como el mejor escritor latinoamericano de su generación, fue una celebridad a escala humana, por decirlo así. Su novela *Los detectives salvajes*, tejida con los mimbres de su experiencia juvenil en México, había sido la clave de ese ascenso, a partir de 1998, que se tradujo en dos premios importantes, el Herralde y el Rómulo Gallegos. Eso le proporcionó muchos más lectores y una cuenta bancaria saneada, después de una década de penuria económica, y mil oficios de sudaca que diría él.

El éxito con mayúsculas, su inscripción en una liga superior de autores, en la que sólo caben nombres como el de Gabriel García Márquez o Jorge Luis Borges, entre los latinoamericanos, le llegaría con una obra póstuma, *2666*. O, mejor dicho, con su edición norteamericana, que llegó a las librerías el año pasado. Una obra monumental, la más ambiciosa y compleja, según los críticos, que le ha abierto las puertas de la celebridad.

Su traductora, Natasha Wimmer, tardó años en verterla al inglés. Preguntada por la dificultad del lenguaje de Bolaño, crecido en México, Wimmer, respondía al magazine del New York Times: "Vivió veintitantos años en España, y se aprecia muy bien la influencia del español castellano, al menos tanto como la del español de México."





Tertulias Literarias

Novela del año para la revista Time, ponderada por la archifamosa Oprah Winfrey, *2666* ha sido elegida mejor libro de ficción por el prestigioso Círculo Nacional de Críticos Literarios de Estados Unidos.

Como tantos grandes, Roberto Bolaño corre el albur de convertirse en mito pop. De lo que no hay duda es de que es un fenómeno literario generador de millones de dólares. Una mina de oro susceptible de ser explotada. Porque si el éxito no pudo cambiar a Bolaño, ha cambiado al menos el mundo que rodeó al escritor, nacido el 28 de abril de 1953 en Santiago de Chile, y afincado en España a partir de 1977.

Su legado literario, en manos de su viuda, Carolina López, ha pasado a ser gestionado por el todopoderoso Andrew Wylie, el agente más famoso, y más temido, del panorama literario mundial. Wylie está inventariando el archivo del escritor, en busca de nuevas joyas. De momento, se ha anunciado ya la publicación de un libro, *El Tercer Reich*, y se habla de otras dos nuevas, *Diorama* y *Los sinsabores del verdadero policía o Asesinos de Sonora*.

Su albacea oficioso, el crítico Ignacio Echevarría, amigo íntimo de Bolaño, cree, sin embargo, que las obras en papel, el material que está siendo examinado ahora por la viuda del escritor y por Wylie, es una parte arqueológica de su obra. Nada de lo nuevo que se publique va a sumar al escritor que es ya, dice. Obviamente, no opina lo mismo su viuda, que vive todavía en Blanes, con los dos hijos de la pareja, Lautaro, de 18 años, y Alexandra, de 8. López declina, amablemente, hablar con este periódico. En un correo electrónico explica que necesita preservar la intimidad de sus hijos. No quiere entrar en cuestiones personales. ¿A quién puede importarle que antes de morir Bolaño la pareja estuviera prácticamente separada? Y, sin embargo, interesa. La revista chilena *Quépasa* dedicó recientemente un reportaje a la compañera final del escritor, la catalana Carmen Pérez de Vega.



La vida y la obra de Bolaño apasionan a un público cada vez más amplio, a medida que su obra escala en la lista de superventas. Y sus novelas son fuente de nueva inspiración. El Teatro Lliure presentó el año pasado una versión dramatizada de *2666*. Y se habla de una posible adaptación al cine. *2666*, un relato dividido en cinco partes, donde se mezcla el humor con la fantasía desbordante, y el inventario pormenorizado de los asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez, contiene todos los ingredientes necesarios para interesar al séptimo arte. Si *Los detectives salvajes* cambió el paradigma del escritor latinoamericano, según Echevarría, *2666*, la novela del mal, ha provocado una verdadera deflagración en la sociedad lectora estadounidense.

Jorge Herralde, director y fundador de Anagrama, la editorial que ha publicado sistemáticamente la obra de Bolaño a partir de 1996, se explica el éxito del autor por un conjunto de factores. Susan Sontag descubrió *Estrella distante*, editada por New Direction, en 2004, y no cesó de alabarla. Sontag era una entusiasta de la literatura y una propiciadora de grandes triunfos, dice el editor. Ahí empezó la onda Bolaño, que con *Los detectives...* dio un salto enorme, porque fue designada novela del año, y con *2666* llegó al máximo, a la apoteosis, editada por Farrar, Straus & Giroux. La fuerza, la profundidad de Bolaño, su prosa adictiva, y su mordaz examen del mal, según la crítica estadounidense, han hecho el resto. La fascinación de Bolaño por la relación entre crimen y arte, su interés por la investigación detectivesca, su curiosidad de forense ante el horror y el mal, ha llevado a los críticos a compararle con Cormac McCarthy.

Pero si ese era el Bolaño escritor, el Bolaño real, nieto de gallego, era, en cambio, una persona tímida, que creía en la bondad del buen escritor. Apasionado lector, devorador de cine y de programas de televisión siempre mejor la tele que un best seller, solía decir, cultivador de un cierto talento rebelde. En más de una entrevista, Bolaño recomendaba a sus lectores jóvenes que robaran los libros, sin más.

Sobre sus años en México, adonde la familia se trasladó desde Chile, cuando él apenas tenía 15 años, creó casi una leyenda. Los elementos más vívidos de aquella etapa, han quedado atrapados en *Los detectives salvajes*, una novela



Tertulias Literarias

por la que deambula el autor, convertido en Arturo Belano, y su amigo Mario Santiago, transmutado en Ulises Lima. Bolaño reconoció siempre una deuda profunda con México, donde sintió la llamada de la escritura, y se hizo poeta.

Bruno Montané Krebs lo conoció en ese país, en 1974, y se hicieron amigos. Montané aparece en *Detectives*, convertido en Felipe Müller. En la obra de Roberto no habrá más de un 30% de material real, el resto es pura invención. Conviene tenerlo en cuenta, dice el poeta chileno, afincado en Barcelona. “A Roberto lo frecuenté en Barcelona. Cuando se trasladó a Blanes [a comienzos de los años ochenta], ya nos veíamos menos. Pero hablábamos mucho por teléfono. Roberto era excelente conversador por teléfono, sobre todo cuando llamaba él.”

Herralde y Echevarría le recuerdan como un tipo con gran sentido del humor, muy divertido. Trabajaba en un estudio bastante modesto, en Blanes, en la Costa Brava. En horario nocturno. Con un paquete de cigarrillos a mano e ingiriendo litros de infusiones con miel, porque no podía beber otra cosa. A Bolaño le inspiraba la música, pero nada de autores clásicos. Solía escuchar rock duro a través de los auriculares.



Roberto Bolaño pertenecía a una generación que creció esperanzada con la revolución cubana y como chileno, vio un horizonte de cambio en el Gobierno de Salvador Allende. En 1973 atravesó América, de México a Santiago, en autobús y en autoestop, mochila al hombro, para contribuir con su granito de arena a aquella revolución pacífica. Pero en Santiago le pilló el golpe de Pinochet y fue detenido. Un encuentro con dos viejos compañeros de estudios convertidos en policías le permitió ser liberado ocho días después. Y regresar a México en avión. Allí reemprendió su carrera y fundó el infrarrealismo. Un experimento de rebeldía literaria, inspirado en el dadaísmo, radicalmente contrario a los grandes escritores institucionales, a los santones del régimen. “Detestábamos a Octavio Paz,” declaraba Bolaño en una entrevista a la televisión chilena, en 1999, “pero es un gran poeta, y un ensayista de los más lúcidos.”

Aquella etapa le sirvió a Bolaño para construir su propio mito. La mayor parte de lo que cuenta es verdad, aunque no está claro cuánto tiempo estuvo detenido en Chile, corrobora Montané. Después de todo, Bolaño adoraba a Borges, un maestro de la recreación inventada. Había leído dos veces toda su obra, y casi todos los libros publicados sobre él. Pero distinguía los trucos y las trampas en su personalidad. Adoraba el malditismo de poetas adolescentes como Rimbaud y Lautreamont, pero tenía claro que eran vidas extremas que no quería para su hijo.

De la fauna literaria no tenía buena opinión. La escritura es un oficio poblado de canallas y de tontos, que no se dan cuenta de lo efímero que es, declara en la misma entrevista de la televisión chilena, realizada en su primer viaje a la patria, tras 25 años de ausencia.

Fue una ocasión perfecta para opinar de todo, especialmente de literatura, y de autores chilenos. Bolaño, que admiraba a Nicanor Parra, fue bastante duro con sus compatriotas. Se despachó a gusto contra algunos de los más destacados. Ya lo había hecho con los autores del famoso boom y, sobre todo, con la larga secuela de los que transitaron esos caminos trillados con enorme fortuna. Sus declaraciones despreciativas no fueron pasadas por alto. Es curioso que salvo Jorge Edwards y, mucho más tarde, Vargas Llosa, ninguno de los autores del boom haya dicho una palabra de Bolaño, comenta Herralde.

Enrique Vila-Matas, que frecuentó al chileno a partir de 1995, dice que se dio cuenta de la grandeza de Bolaño, “cuando leí *Estrella distante* y *Los detectives salvajes*. Junto a Jorge Edwards, presenté este último libro en Barcelona, en 1999, y allí ya expuse por escrito mi percepción de estar ante un genio de la literatura.” Por eso no oculta su extrañeza ante otro fenómeno ligado al autor chileno. “Siempre me ha llamado la atención el poco interés que ha



Tertulias Literarias

despertado Bolaño entre una gran parte de los escritores españoles. Es una indiferencia que hay que encuadrarla dentro de esa falta de interés que sienten normalmente los escritores españoles hacia sus propios colegas, y más aún si son latinoamericanos.”

Puede ser. Tampoco Roberto Bolaño se anduvo con muchas diplomacias. Criticó a muchos autores consagrados sin importarle lo más mínimo hacerse enemigos. ¿Qué pensaría ahora de esta consagración global? ¿Cómo juzgaría las nuevas obras que tiene en cartera su agente norteamericano? Seguramente con satisfacción, pensando al fin y al cabo en la seguridad económica de sus hijos.

Libros de Roberto Bolaño nas Bibliotecas de Oleiros



Fontes:

[El País \(22 marzo 2009\)](#)

[Letras Libres \(xuño 2011\)](#)

[El Mundo \(15 xullo 2013\)](#)

[La Tercera \(13 xullo 2013\)](#)

Para saber máis:

[Cuando Bolaño se transformó en Bolaño](#) (semblanzas sobre Roberto Bolaño en Radar, suplemento de Página 13)

[Roberto Bolaño en diez frases](#) (El Nacional)

[Los detectives salvajes y el ocaso de las vanguardias, por Alberto Julián Pérez](#) (Texas Tech University)

[Los detectives salvajes: revisión de su recepción crítica en Chile, por Carolina A. Navarrete González](#) (Universidad Pontificia Católica de Chile)

[Los detectives salvajes: el fascinante mundo de Bolaño](#) (Crítica.cl)

[Los años mexicanos de Roberto Bolaño, por Juan Carlos Pérez Salazar](#) (BBC Mundo)

[Arquivo documental das Tertulias Literarias \(dende 2010\)](#)

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996
Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org
Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>

GRUPO B